

Rafael Marín

Detective sin licencia



Detective Torre I

«El contestador automático era un invento la mar de moderno, pero innecesario. Cuando Torre trabajaba al servicio de Pepito Fiestas este siempre sabía dónde encontrarlo: tomándose una copa en el bar Juani».

El ex-boxeador amnésico Torre se enfrenta, como siempre por mor de las circunstancias, a uno de esos casos tenebrosos del alma humana, en los que ejerce de detective con las únicas dotes de su sentido común y de su falta absoluta de temor al porvenir.

Se sabía la foto al dedillo, como si fuera un tatuaje que observara con deleite cada mañana. La repasaba una y otra vez, tratando de recordar aquel momento inmortalizado para la nada. Pero no podía. Una rodilla en la lona, la nariz con la mosqueta dibujándole un doble labio rojo sobre la boca entreabierta, la cara vuelta hacia ninguna parte, mirando sin ver más que dolor y asombro, buscando una voz de consuelo o alguien que tirara la toalla. Y detrás, como un martillo borroso, el rastro movido del derecho que un segundo después le robaría casi veintitrés años de su vida.

Solo mucho tiempo después, cuando todo el mundo le explicó de pe a pa lo que había pasado, acabó por aceptar que se llamaba Torre, que había sido boxeador, que un derecho en mal sitio le había retirado para los restos de la profesión y casi casi de la vida, y que de aquella velada en el Portillo lo único que le quedaba era la bolsa y la marca de haber perdido la memoria para siempre. Amnesia de choque, o algún término por el estilo. Ahora tenía casi cincuenta y dos años ya pero a fin de cuentas era solo como si hubiera vivido nada más que treinta. No había justicia.

Tuvo que aprender otra vez a leer, y en la escuela nocturna conoció a Pepito Fiestas, todavía delgado y joven, a punto de terminar la carrera y ejerciendo ya, que andaba haciendo algo de asistencia social o algún chanchullo de los suyos. Pepito Fiestas se sacó la cartera, le dio la tarjeta,

tres billetitos verdes y un Farias, y le dijo que fuera a verlo la semana siguiente allí al ladito mismo, en Columela, y que de poner ladrillos su puta madre, que le hacía falta un tío con dos cojones y él los tenía, anda que no había que tenerlos para ponerse otra vez a aprender a leer con casi veinticinco tacos, con lo aburrido que era el colegio, aunque no tuviera que lidiar con los curas.

Fue una relación que iba ya para los treinta años. A falta de pan buenas son tortas, y a base de tortas se había ganado Torre honradamente su pan. Suponía que bordeando la ley en ocasiones, pero intimidando lo suficiente, sin pasarse nunca, quizá porque él sabía mejor que nadie lo que un golpe mal dado puede traer de coletilla. Torre sabía que Pepito Fiestas era lo que se dice un punto filipino, que su mujer tenía más cuernos ya que la ganadería de Torres Vela, que le tiraba más un pelo de coño que una primitiva con complementaria, que tenía la habilidad pasmosa de ponerse el mundo por montera y al galope, que vivían en mundos diferentes y sobre todo ahora, que pretendía que lo llamaran don José y se había vuelto formal y hasta decente, pero era la única persona a la que de verdad, sin mariconadas ni pamplinas, Torre podía llamar amigo, hasta la muerte, y más allá de la muerte, si se terciaba.

UNO

El contestador automático era un invento la mar de moderno, pero innecesario. Cuando Torre trabajaba al servicio de Pepito Fiestas este siempre sabía dónde encontrarlo: tomándose una copa en el bar Juani, o en el Bohemia, o corriendo para no perder la racha entre la playa Victoria y Santa María del Mar, donde se paraba a recuperar el resuello y añorar la Piedra Barco. Así y todo le regaló un móvil de esos de tarjeta que Torre echó a perder cuando, una vez, se metió en el agua por verle bien el tanga amarillo a una alemana cuando saliera del baño y lo sacó chuchurrío, sin que dijera nunca más en la vida tiro tiro, con lo molesto que eso era, venga a interrumpirlo mientras jiñaba, cuando estaba en la oscuridad de un cine o, peor aún, las dos o tres veces que lograba meterse en la cama con Patricia Plastilina o con quien cayera, que no llevaba una vida sexual como para permitir que se le escurrieran los momentos y, a su edad, ya no era cuestión de dejar pasar el tren, que lo mismo dentro de un par de años ya no respondía como hasta ahora, viva España. Como Pepito Fiestas a lo mejor ni pagó el aparato, con tanta promoción airtel y tanto bono y tanta zandanga, ni se cabreó ni nada cuando le dijo macho, que llevo tres días dejándote mensajes en el buzón de voz, y Torre lo hizo reír cuando le contestó con cara de tute subastao que no, oye, que no había recibido ninguna carta suya, por sus muertos. Total, que Pepito aprovechó una de las

ofertas de telefónica y pulsó por él una tarde en su piso de Marqués de Cropani barrita diez asterisco, o asterisco diez barrita, tanto daba, y desde entonces ya tuvo Torre un contestador automágico que le decía cuando iba a descolgar, con voz muy atenta, aquello de el servicio contestador de telefónica le comunica que no tiene mensaje. Cuando sí tenía mensaje, que era casi nunca, la misma muchachita atenta con voz de señora mayor le decía con una urgencia como para mandarla al carajo tiene-un-mensaje-nuevo, separando mucho las palabras, y después reproducía como una ventrílocua la voz de quien le dijera lo que fuese, normalmente tonterías o equivocaciones, que ya había que tener guasa para dejarle grabado a un desconocido una cita o un secreto, como si a él en vez de importarle tres pitos la vida ajena se le fuera la vida propia en esas pamplinas.

Igual que el horno microondas, que no usaba ni para calentar la leche como todo el mundo, porque se había acostumbrado a tomar la leche fría y encima desnatada, el teléfono y su contestador automágico se habían convertido en su casa en un adorno que acumulaba polvo cada vez que dejaba las ventanas abiertas, entre el tonito bravo y la muñeca de Marín que se parecía a Lola Flores y que había rescatado de un contenedor de basuras una vez que sus trabajos para Pepito Fiestas estuvieron a punto de acabar con él retenido en comisaría, por morsegón o pederasta o algo peor, maldita fuera la estampa del hijo de mala madre que lo encalomó sacándole fotitos mientras la niñita de las trenzas y la faldita escolar, que después resulta que tenía treinta años, le chuperretaba el curiusquillo como si fuera un polo de fresa ácida. Como a Torre lo que le gustaba era decir las cosas a la cara, y desde que Pepito Fiestas se había vuelto legal con las aspiraciones políticas sus contactos no tenían la frecuencia de costumbre, al final el teléfono era una cosa un poco inútil, una factura más que ir descontando de la caja de ahorros cada dos meses, lo que pasa es que tampoco le resultaba tan caro y para un roto o un descosido lo

tenían localizable. O sea, que comía poco, y allí lo tenía en la salita, una maceta que no necesitaba riego.

El domingo después de lo de las barbacoas del Trofeo Torre se levantó a las cuatro de la tarde y con resaca. Se dio una ducha fría, no porque se le apeteciera, que bastantes veces se había duchado en helado ya, cuando en vez de vivir en un piso moderno lo hacía aquí mismo pero más abajo, en una casa, sino porque para no perder costumbre la bombona dijo me morí cuando estaba entre el enjabonado del gel fa y el champú lavanda inglesa. Se frió dos huevos y no veas que mosqueo más grande cuando a la mitad también la otra bombona hizo ñaac, dejando la cocina con un olor tela de apetitoso a huevo a medio terminar de hacer. Torre acabó por ponerse el bañador y una camisa estampada y las chanclas de goma, cogió mil quinientas y se acercó hasta el otro lado del cementerio y se tomó dos tapas y tres cervezas en el chiringuito de la playa, que a esa hora estaba hasta arriba de padres comprando helados y madrileños de piel enrojecida preguntando cuándo demonios se sentía el calor en esta ciudad, porque hacía treinta y tres grados y no cuarenta, y menos mal que hubo quien le dijo que se fuera a sudarla a Sevilla, tío gilipollas, y que Torre estaba resacoso y más interesado en el balanceo de las tetitas de dos guayabos en top-less, que le miraban con descaro pero ni le sacaban la lengüecita entre los dientes ni se frotaban de aceite loreal con disimulo para decirle venga, león, ataca.

Regresó a eso de las cinco al piso y se rempompeó en el sofá esperando a hacer la digestión antes de darse una ducha nueva, que para eso era un tío la mar de escrupuloso y siempre esperaba sus dos horitas antes de meterse en agua, que una vez había visto a un niño quedarse en el sitio por Cortadura cuando en vez de hacer submarinismo hizo el ridículo y se le cortó la digestión y echó el pato dentro del tubo de aire y no veas luego la peste que tenía, como a potito bledine, y toda la cara espachurrada de rosa y san-

gre. Entonces se acordó de la santa madre de la bombona, con sus castas enteras, y apuntó por ahí que tenía que llamar a los del butano para que le trajeran mañana otras dos nuevas, por falta de una, a ver cuánto habrían subido esta vez, o bajado, que últimamente aquello de los precios del gas era como las cunitas con tanto subir y bajar, e igual te costaba ochenta pesetas menos que ciento veinte más por la jeta. Fue a pegar el papelito amarillo en el teléfono, para no olvidarse de llamar mañana a primera hora, cuando cayó en la cuenta que lo mismo los de repsol, aunque fuera domingo, tenían también contestador automático propio, y que si les dejaba ahora el recado tendría el lunes sin falta las dos bombonas y podría hincharse a mediodía de huevos fritos con panceta, aunque ahora los finolis lo llamaran beicon, y eso que era lo mismo, jamón con tiritas de tocino como la camiseta del atlético, pero sudada.

Fue nada más descolgar, con la agenda abierta entre las cachas por la letra R, cuando la voz de la señorita le dijo con esa urgencia machacona suya, tiene-un-mensaje-nuevo, mensaje-número-uno, recibido ayer a las 18-horas 15-minutos. Torre soltó la agenda y lo que menos en el mundo podía suponer era que la voz que ahora imitaba la muchacha aquella tan servicial y tan atenta fuera la de Carmen Abril, que era enfermera en el Puerta del Mar y a la que no veía desde hacía lo menos año y pico, para decirle que Pepito Fiestas estaba en la uci y que no esperaban que saliera de aquella.

Torre mandó a hacer puñetas la bombona y el teléfono, se puso unos pantalones blancos encima del bañador de cuadritos meyba, y ni esperó el ascensor y bajó de cuatro en cuatro los escalones porque la residencia estaba a dos pasos y desde ayer a las 18-horas 15-minutos ya casi había pasado un día entero. En la puerta de la sala de espera de la uci solo encontró el espectáculo habitual de familiares abotargados, sudor congelado sobre el dolor y el sufrimiento que iban convirtiéndose a saltos agigantados en

desesperación y cansancio, olor a pies y muchas botellas vacías de agua mineral, millones de colillas y estampitas de santos y de vírgenes, y hasta algún incongruente San Pancracio, puesto lo mismo en ese sitio para que currelo no faltara por los propios médicos del Zamacola, aunque ya no se llamara así, desde que tiraron la vieja Residencia una tarde en medio de una nube de polvo gris, como después también echaron abajo la Fábrica de Cervezas, igualito que aquellos otros edificios que salían en la tele, en lo de Impacto.

Lo mismo, claro, Pepito Fiestas ya había salido de la uci y estaba en planta, que no quería decir que estuviera de pie, ajolá, sino que lo habían pasado a una habitación de esas con dos camas y dos sillones marrones, y muchos familiares mosconeando entre teleras de pan, revistas de pasatiempos y de cotilleo, zumos de frutas y yogures que nadie se comía y venga agua mineral, ríos enteros de Solán de Cabras. Preguntó en información, el señor José Fiestas, y como si leyera el parte la chica coja consultó el ordenador, hizo dos pompas de chicle, se subió las gafitas rojas sobre una nariz con piercing y le dijo que el señor Fiestas estaba en el tanatorio desde las diez de la mañana. Con aquella misma cara y con ese tono ausente podría haberle dicho su tabaco, gracias.

Torre se quedó haciendo honor a su apellido, de pie y muy quieto, con los dos ojos clavados en el arito que la muchachita coja tenía en la nariz, pensando por un momento qué valor le echaba el tío, a punto de palmarla una tarde y al día siguiente ya estaba en Chiclana, tomándose unas butifarras en el Sanatorio. Fue una alucinación momentánea, como cuando alguien le daba un puñetazo y lo pillaba desprevenido antes de caer aplastado por un contragolpe que no pensaba racionalmente, pero allí quedaba eso. Porque lo del tanatorio venía a significar no el moscatelito fresco y el morcón y los picos de la bodega, sino otro tipo de fiambre, del que uno no comía ni puñetera falta. Si don Jo-

sé Fiestas estaba en el Tanatorio eso venía a significar que su amigacho Pepito, simplemente, había estirado la pata.

La muchachita coja siguió enchufada a internet, o pasando partes, o jugando a los marcianos o lo que demonios que tuviera que hacer en la pantalla, y Torre se retiró despacio, como no queriendo dejar sombra, y cayó en la cuenta de que no había tocado con los dedos el mostrador, y por lo tanto no había huellas y aquello era como si no hubiera pasado, no tenía la suficiente base sólida para ser auténtico. Encendió un cigarro en la misma puerta, y a punto estuvo de ser arrollado por una ambulancia del 061 que conducía un muchacho muy alto muy alto, aunque no cayó en ese momento que era Manolito el de Péculo, el de la parroquia. Dio dos caladas y escupió el cigarro, y dio la vuelta a la residencia y bajó la pendiente a trompicones, y sintió en la nariz la bofetada del almidón de la lavandería, esa peste a limpio y caliente que siempre se le antojaba pegada a todo lo del hospital, sobre todo a la comida, y en especial a los muertos, porque cada vez que miraba hacia arriba y veía las volutas de humo blancuzco salir por la chimenea le daba por pensar que el olor eran los cuerpos en descomposición, rociaditos de zotal o quizás quemados para que no molestaran por más tiempo y la vida pudiera seguir para los otros como si tal cosa.

El tanatorio de la residencia, al fondo del callejón, estaba vacío, desconchado y como siempre pintado con un poco piadoso color naranja. Torre se quedó otra vez desorientado, si allí no había nadie cómo carajo iba a estar de cuerpo presente Pepito Fiestas, y entonces recordó que hacía al menos un año que los muertos no se conservaban ya en aquel sitio, sino en la funeraria nueva junto a Hipersol, en la Zona Franca, a la salida misma de Cádiz, como si una vez que dejaras de respirar ya no tuvieras sitio aquí dentro y te pusieran en la puerta antes de darte el adiós muy buenas y ponerte tierra encima o archivarte en una pared de cemento en el Mancomunado de Chiclana.

Por culpa de la bulla y de la bombona se había puesto un pantalón a todo meter y se había dejado en casa la cartera. Podía volver corriendo y cambiarse de ropa, y ducharse con agua fría y coger algo de dinero y llegarse en taxi al Virgen del Rosario, pero sin saber muy bien por qué motivo echó a andar hacia adelante, bajó por Pintor Zuloaga hasta el Estadio, y allí subió la pasarela, que todavía estaba sucia de cascos de botellas de DYC y vasos rotos de los colaos del Trofeo Carranza, esos que habían visto los cuatro partidos el viernes y el sábado arreginchados a la barandilla y cabreándose con los árbitros como si tuvieran derecho, y continuó andandito junto a la vía sudando la gota gorda, porque en un día de agosto tan lindo como aquel no tendría que morirse nadie, y menos que nadie Pepito Fiestas.

Aquello estaba minado de gente, y a Torre le costó al principio reconocer a Charo, que estaba bastante entera dadas las circunstancias, vestida de amarillo en vez de luto, y muy guapa. Peor lo llevaba el torrija del niño, que lloraba abrazado a la Dafni, la congoleña que Pepito Fiestas se había traído de allí mismo una vez que le dio por hacer negocios en el África remota, capaz era de haberse ido hasta tan lejos a venderles taparrabos a Tarzán o cocos a los nativos. La Dafni debía tener unos veintipocos años, y un colorcito de piel así café con leche que ya podía retirarse Naomi Campbell. No, si hecho polvo y todo, al final el niño no era tonto y bien que se agarraba donde había, que era bastante. Cuando Torre se lo vio venir, después de darle dos besos cortados a Charo en las mejillas, los únicos dos besos que le había dado desde el día de su boda, pensó que con la mole que tenía Angelito, metro setenta y nueve y ciento veinte kilos en canal, iban a tener que levantarlo del suelo con una espátula. Pero no, el niño se le abrazó llorando, y Torre solo pudo darse cuenta de que el angelito apestaba a sudor antes de comprender que él tampoco olía a jazmines y que, como el chavea, también lloraba.

Fuera aparte de eso, le costó un rato enterarse de lo que había pasado con Pepito, porque quiso verlo con sus propios ojos, y tuvo que ir él solo hasta el otro lado del cristal y echarle un vistazo a la caja. Hasta ese momento, Torre siempre había creído que debía tratarse de un error, que alguien como Pepito no podría morir nunca, que sería un fulano que se le daba un aire, o hasta una broma de mal gusto de todos los que estaban allí sudando a mares y moqueando cada vez que alguno hacía un comentario, o hasta un programa de televisión como inocente inocente y sus putaditas preparadas con mucho micro inalámbrico y cámaras de alta resolución detrás de los espejos. Pero cuando echó un vistazo al cuerpo presente de Pepito Fiestas comprendió que, para que fuese otro muerto que se le diera cierto aire, tenía que ser una señora levantera, o tratarse de su hermano gemelo, o de un clown como los de las novelas de A. Thorkent, porque no había duda de que aquella cara y aquella nariz, y aquellos pelos algo revueltos sobre la coronilla eran inconfundibles. Si hasta la corbata que tenía el difunto, una cosa azul muy fina con los escuditos del Cádiz por todas partes, se la había regalado el Angelito por Reyes hacía dos o tres años. A Torre el mundo se le vino encima, como si se hubiera muerto un rajá o toda la familia Kennedy uno detrás de otro y en cascada, porque lo poco que era desde hacía veintitantos años se lo debía a Pepito Fiestas, que había sido su doctor Frankenstein desde que se equivocara al apostar en aquella pelea a diez asaltos en el Pabellón Fernando Portillo, en marzo del setenta.

Saludó a un par de conocidos, sintiéndose fuera de sitio como siempre se sentía en este tipo de cosas, y además incómodo con el meyba de cuadros debajo del pantalón blanco, y lamentando no haberse puesto los zapatos y haberse venido en chanclas. Un susurro de aquí, un comentario de allá, y entre uno y otro se enteró de que Consuelito, que limpiaba el despacho en días alternos, había llegado el sábado a mediodía y se había encontrado a don José tira-

do en la alfombra, boca arriba decían unas versiones, boca abajo, sostenían otras, muerto en el sitio o respirando muy poquito, víctima de un colapso, o de una embolia, o de un ataque al corazón, lo que hubiera sido solo lo sabían los médicos que hoy domingo por la mañana le habían hecho la autopsia.

Alguien le puso a Charo una rebeca oscura sobre los hombros, y ella no se la quitó ni nada, a pesar de que con tanta gente revoloteando y dando pésames el aire acondicionado no se notaba más que si te ponías debajo del caño, y entonces sí que hacía frío y era molesto. Parecía muy serena, casi tan serena como la Dafni, que debía tener angurria porque no paraba de irse al lavabo cada siete minutos. Quizá, por aquello de ser negra, no tenía reparos en ir sola.

La máquina de café se estropeó cuando alguien echó veinte duros y se llevó el último que quedaba o atascó con una moneda antigua la ranurita, cualquiera sabía, y las cocacolas de la entrada volaron a medida que iba llegando más gente y agosto se desmelenaba y saltaba el levante. Torre seguía sin poder creerlo, como si todo aquello fuera una fiesta sorpresa que el propio Pepito Fiestas hubiera orquestado en su honor, como cuando cumplió cincuenta tacos el pasado febrero y organizó una jarana inolvidable que debió costarle un pico, con invitaciones y regalos como si fueran de boda y la actuación de un mariachi y un grupo de salsa. Era como si Pepito Fiestas, aburrido de su condición de político en ciernes con pasado neutro, hubiera dicho si yo siempre he sido un bala perdida, a ver qué cara ponen todos cuando los cite al mismo tiempo, a ver cómo reaccionan los jueces si se encuentran sin la tarima por medio con cuatro o cinco putas, los parguelas de diseño y libros de poesía con los clientes fijos de los baches que frecuentaba cuando su lado turbio tomaba las riendas del camisel de su vida.

Porque el paisanaje era, cuanto menos, variopinto, y si Torre pensaba por el camino que allí iba a estar de sobra, que ese tipo de cosas son privativas de la familia más directa y los amigos íntimos del finado, tenía miga ver el tuttifrutti de trajes de Armani y camisetas de lo siento picha, el rebusito indecente de gente bien y gente de la vida, políticos y militares, periodistas y banqueros, chinos de restaurante y gitanos de verde luna, señoras de Domund y misa diaria con deslenguadas de muslos calientes y sujetador desterrado, y colágeno en los labios y hasta masilla blanca transparente por dentro de las tetas. De verdad que si la puerta del tanatorio se hubiera abierto y Pepito Fiestas hubiera aparecido allí de pie, con la corbata del Cádiz sociedad anónima deportiva y el traje chaqueta de pana (y qué calor tendría el pobrecito, si pudiera respirar) al único al que no le habría dado un repelús hubiera sido a Torre, que en la puerta del Virgen del Rosario fumaba ahora rubio porque se había quedado sin ducados. Se le había pasado el momento maricona y ya no lloriqueaba, menos mal.

Se ofreció voluntario para llegarse al Diario y redactar la esquela, no fuera a ser que se pasara la hora y después hubiera gente que le recriminara a Charo no haberse enterado de que el duelo despedía allí mismo el lunes a las doce de la mañana, aunque parecía imposible que todavía faltara más gente si medio Cádiz había asomado el careto por allí. De algún modo u otro toda aquella gente había conocido a Pepito Fiestas, lo habían tratado en directo o en diferido, haciendo negocios con él, coincidiendo en algún acto público o en algún tribunal, era de suponer que en el mismo bando, o quizá alguno hubiera venido a comprobar que la noticia era verdad y aquel sieso manío iba ya camino de Pedro Botero, porque Torre se había enterado que la última voluntad de Pepito Fiestas había sido que lo quemaran y esparcieran sus cenizas por la bahía, desde el vaporcito del Puerto, una idea que contradecía aquello que tantas veces le había escuchado decir, que cuando estirara la pata que-

ría un disfraz del ratón Mickey sobre su féretro, para que nadie llorara. Se veía que al final la muerte era algo más serio de lo que Pepito Fiestas pretendía, o Charo y sus representantes vivos en la tierra habían preferido que se marchara de este valle de lágrimas dejando buen sabor de boca y sin poner el mingo una vez más.

En la redacción del Diario, Torre tuvo sus más y sus menos con el encargado, porque no estaba seguro de que escribir murió tras recibir los santos sacramentos y la bendición apostólica de su santidad fuera verdad, habida cuenta de que a Pepito Fiestas se lo habían encontrado ya más muerto que vivo el sábado en el despacho, pero como por lo visto había que quedar bien, allá que redactaran la noticia como les saliera del pito. Regresó a Marqués de Cropa ni y se dio una ducha que helada y todo le supo a gloria, y se vistió algo más formal, pero sin chaqueta ni corbata, y se metió dos rebanadas de mortadela en un cundi que compró en Don Pan y se tragó una cerveza sin alcohol antes de regresar al velatorio, que la noche iba a ser larga. Tuvo cuidado de comprobar si había nuevos mensajes, y borrar para siempre de la cinta, aunque no de su memoria, la voz urgente de Carmen Abril diciéndole la noticia que le había puesto boca abajo un domingo que sin ese detalle habría pasado por su vida sin ser digno de mención, que eso es lo que cuenta de un domingo y para eso existen.

Los prohombres y las premujeres de la ciudad se habían ido relevando o quitándose de en medio, unos para acudir a compromisos ineludibles y otras a rezar por el alma del difunto o a darse el pico con alguien en algún chiringo de la playa, pero así y todo el mogollón de personal que pasaba a presentar sus respetos a Charo y Angelito y la negra cachuda fue legión. La cosa menguó un poco a partir de las doce, y entonces solo se quedaron, lo que son las cosas, los amigos tipo be de Pepito Fiestas, los que había conocido y jamás lo habían llamado don José, quizás porque era gente que entendía la lealtad como andar dándole el coña-